

UN EXTRAÑO EN MI VIDA

Evan Hunter

**QUATERNI**

Traducción autorizada de la edición original en lengua inglesa por acuerdo con
Hui Corporation c/o Curtis Brown Group Ltd.
STRANGERS WHEN WE MEET
Copyright © Evan Hunter, 1958

Copyright © 2010 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo
© Quaterni es un sello y marca comercial registrado
Traducción: Iñaki Rivero Vélez y Ana Palacio Erdozain

UN EXTRAÑO EN MI VIDA. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente, que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

Los personajes y las situaciones del libro son totalmente ficticias e imaginarias y no intentan retratar a ninguna persona ni ningún hecho real.

ISBN: 978-84-937770-1-2
EAN: 9788493777012

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2
Parque Empresarial Inbisa, N-6 - P. I. Las Fronteras
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.
Diseño colección y texto: Quaterni
Diseño de cubierta: Juliana Raigosa Montoya
Maquetación: Sinodal, S.L.
Impresión y encuadernación: Gráficas Deva, S.L.
Depósito Legal: M-
Impreso en España

15 14 13 12 11 10 (06)

PRIMERA PARTE

I

Era un lunes de octubre y el frío de las primeras horas de la mañana invadía la casa. Un cielo plomizo se aplastaba contra los cristales de las ventanas. Sólo se oían las voces de los niños en la cocina. Chris se burlaba de David, su hermano más pequeño, porque esa noche se había vuelto a hacer pis en la cama.

Y otro día y otro día...

«En esta casa hay una rutina tan obsesiva como el paso de los minutos, que con su tictac señalan el curso del tiempo en la esfera del reloj del dormitorio. Una rutina —pensó él— que gobierna a la gente que vive aquí. Esta rutina sólo se interrumpe los sábados y los domingos, e incluso entonces se ve reemplazada por otra rutina, tan disciplinada e inexorable como la primera».

—Mejor será que te levantes, Eve —dijo.

Junto a él, con la cabeza bajo la almohada y un brazo enredado en la manta, Eve murmuró algo incoherentemente.

Él miró al reloj colocado en el aparador, su jefe de instrucción, el sargento encargado de imponer el temprano despertar. Las siete de la mañana. ¡Qué ridícula hora de enfrentarse al mundo! A las siete y diez, el sargento abandonaría sus deberes, pasándoselos al ordenanza de blanco rostro que con el ceño fruncido miraba desde la pared de la cocina. Se le podía ver

desde el cuarto de baño. Mientras se afeitaba, asomaba la cabeza por la puerta, y allí estaba, anunciando los minutos con su voz firme.

Tiempo.

Se despezó. Era un hombre alto, fuerte, con cabello castaño y ojos castaños oscuros, ojos que casi eran negros. Tenía altos pómulos, nariz recta y una boca sensual que parecía divertida aun cuando no lo fuera. Elevó al techo unos brazos musculosos y abrió ampliamente las mandíbulas en un bostezo de león. Después se desabotonó la chaqueta del pijama, se la quitó y la tiró sobre la silla que había junto a la cama.

—Eve —dijo—, vamos.

—¿Es hora? —preguntó ella.

—Es hora —contestó él.

Tiempo.

En la cocina, dijo Chris:

—Eres un chico mayor, y no debieras hacerte pis en la cama.

—No me hago pis en la cama —replicó David.

Con perfecta lógica de adulto, Chris continuó:

—Entonces ¿quién se lo hace?

—Un hada se hace pis en mi pantalón —respondió David.

Abandonando la lógica, Chris soltó una carcajada. David se unió a esa risa. Juntos rieron hasta olvidar cuál era el motivo de su alegría, hasta que la casa se llenó con los ecos de sus gozosas carcajadas.

—Vosotros, callaos —les gritó Larry. Luego se volvió y tocó el cálido hombro de Eve—. Eh —dijo—. Vamos.

—¿Estás ya levantado, papá? —preguntó desde la cocina Chris—. ¿Harás tortitas?

—Las tortitas son para el domingo que fue ayer.

—¿Qué es hoy?

—Lunes.

—¿Iré a la escuela hoy?

—Sí.

—¿Y David?

—No.

Hizo una pausa.

—¿No te has vestido aún? ¿A qué esperas?

Después de ponerse el pantalón, zarandeó enérgicamente a Eve.

—Oye, cariño —dijo—. Levántate y atiende a Chris, ¿quieres? Eve se levantó de un salto.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Él miró el reloj.

—Las siete y diez.

Eve se frotó los ojos. Eran azules, y por la mañana siempre parecían descoloridos, como si el color desapareciese de ellos durante la noche sin saber cómo. Tenía un largo cabello negro, y él adivinó su gesto antes de que lo hiciese. Bostezando, colocó sus manos detrás del cuello y después las deslizó hacia la nuca, alzando su pelo al tiempo que se despezaba.

—Oh, Dios —dijo—. He tenido un sueño horrible. He soñado que me abandonabas.

—Te abandonaré si no te levantas —aseguró Larry, a la par que se ataba los zapatos.

—En serio. Eras un tipo odioso.

—¿Te vas a levantar?

—Y yo estaba embarazada.

—Muérdete la lengua.

—Ha sido terrible —afirmó Eve.

Se estremeció ligeramente y deslizó las piernas por el borde de la cama. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Sonriendo soñolienta, dijo:

—Buenos días, salvaje. —Le besó amablemente, y añadió—: Brrrru, no me he limpiado aún los dientes.

—No debes hacerlo hasta después de desayunar.

Eso es lo que dicen los dentistas. Pero ¿qué saben ellos? La mano de él se había posado sobre su rodilla. Sin el menor esfuerzo, se deslizó por el muslo, y sus dedos se quedaron en el cálido lugar donde acababa el corto camisón.

Sonriendo, Eve hizo un movimiento para apartarse.

—Estate quieto —dijo—. Tengo que ir al cuarto de baño.

—Tú siempre tienes que ir al cuarto de baño.

—¿No lo hace todo el mundo? —preguntó ella con ligereza. Le guiñó un ojo y echó a andar por el pasillo hacia el cuarto de baño, que estaba al final del pasillo.

—Ma —dijo Chris, saliendo a su encuentro.

—No me llames «Ma».

—Madre...

—Eso está mejor.

—¿Va a ir David a la escuela?

—No.

Chris se volvió. Tenía cinco años, y el pelo negro y los ojos azules de su madre.

—¿Ves, David? —repuso—. No puedes ir a la escuela porque te has hecho pis en la cama.

—¿Has vuelto a hacerte pis de nuevo, David? —preguntó Eve.

—Sí —contestó la vocecita de David.

—No sé lo que voy a hacer contigo.

—Un hada se ha hecho pis en mi pantalón, Eve —dijo David, seguro de que esta vieja broma le hacía gracia a su madre, y sabiendo también que ella consideraba una deliciosa pillería el que la llamara por su nombre.

—Ya hablaré después contigo —repuso Eve, y cerró tras de sí la puerta del cuarto de baño.

—¿No te has vestido aún? —preguntó Larry, saliendo del dormitorio.

—No —respondió Chris—. ¿Qué me pongo?

—Pregúntaselo a tu madre.

Chris dio unos golpes en la puerta del cuarto de baño.

—Ma, ¿qué me pongo?

Saldré dentro de un minuto —contestó Eve. Como si se le hubiese ocurrido en el último instante, añadió—: Larry, ¿quieres calentar el agua para el café?

—Desde luego.

Entró en la cocina. David lo siguió como la sombra de un penitente. David era de pelo y ojos castaños, y tenía tres años. El húmedo pijama colgaba desvencijado sobre su larguirucho cuerpo.

—Hola, papá.

Larry llenó el recipiente del café y después revolvió el cabello de David.

—Hola, hijo. ¿Has dormido bien?

—Me he hecho pis en la cama —le informó David.

—Tienes que tener cuidado —repuso Larry, poniendo el cazo al fuego.

—Ya lo sé —asintió solemnemente David—, pero lo hago sin darme cuenta, papá.

—Bien —dijo Larry—, aun así tienes que tener más cuidado.

—Oh, desde luego —aseguró David.

La puerta del cuarto de baño se abrió. Eve desapareció por el fondo del pasillo.

—Date prisa, cariño —dijo Larry.

—¿Qué hora es?

—Casi las siete y veinte.

Entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Mientras se afeitaba, pudo oír en torno suyo los ruidos de la casa, el calentador de aceite zumbando en el sótano, las láminas de aluminio de los conductos extractores abriéndose por efecto del calor. Otro día. Otro día de ceñirse la armadura y lanzarse a la pelea. Lawrence Cole, caballero resplandeciente, preparado para dar muerte al dragón, luchar por el honor y buscar el Grial.

—¡Date prisa, Larry!

La voz de Eve. Parte de la rutina. En un momento dado de los días pasados en la ciudad, en los que tenía que levantarse muy temprano, los relojes y Eve se habían unido, combinando sus esfuerzos para empujar al perezoso, lánguido, letárgico Lawrence Cole fuera del calor del hogar al frío de la pelea. Se lavó y secó la cara. Después se dirigió rápido al dormitorio, abrió el segundo cajón de la cómoda —el cajón de arriba pertenecía a Eve— y rápidamente desdobló una camisa blanca, dándose cuenta al mismo tiempo de que sólo quedaba otra.

Cuando entró en la cocina, eran las siete y treinta y cinco. El zumo de naranja, los cereales y el café lo esperaban en la mesa. Milagrosamente, Chris estaba vestido del todo y comiendo un huevo pasado por agua. David seguía sentado en su mojado pijama.

—¿Qué tal estoy, papi? —preguntó Chris.

—Estupendo, Chris. —Tomó el vaso de naranja—. ¿Cuándo van a venir de la lavandería?

—Hoy. ¿Por qué?

—Casi me he quedado sin camisas.

—¿Otra vez? ¿Por qué no te compras unas cuantas más? Un hombre puede volverse neurótico pensando si le durarán o no las camisas toda la semana.

—Quizá me compre algunas hoy, cuando haya acabado con mi cliente.

—Lo dices, pero no lo harás. ¿Por qué te desagrada comprar ropa?

—Me encanta comprar ropa —contestó Larry. Sonrió burlonamente—. Lo que me desagrada es gastar dinero. —Se tomó el zumo de naranja—. Está bien esta naranja.

—Las compré en Food Fair.

—Son buenas. Mejor que las de la semana pasada.

—Estás muy guapo, papá —dijo David.

—Gracias. Termina de desayunar, hijo.

—Esta mañana tendrás que llevar a Chris a la parada del autobús —indicó Eve—. Yo no estoy aún vestida.

—¿Se trata de ir al baile del gobernador o de acompañar a tu hijo a tomar el autobús de la escuela?

—No voy a hacer ninguna de las dos cosas. Tú eres quien lo va a llevar al autobús.

—Ésa es una tarea de madre...

—Larry, no puedo ir en ropa interior. Por favor, no...

—¿Por qué no? Sería algo que causaría sensación en Pinecrest Manor.

—A ti te gustaría eso.

—Y lo mismo podemos decir de todos los otros hombres de aquí.

—En eso es en lo que piensas tú siempre.

—¿En qué piensa siempre? —preguntó Chris, apartando la taza—. Ya he acabado.

—Ve a lavarte la cara —dijo Eve.

—Desde luego —repuso Chris, echando hacia atrás la silla—. Pero, ¿en qué piensa siempre?

—S-e-x-o —deletreó Eve.

—¿Qué es eso?

—Eso es corromper la moralidad de un menor —manifestó Larry—. Ve a lavarte la cara.

—¿Es s-e-x-o Santa Claus? —preguntó Chris.

—En cierto modo —contestó Larry, sonriendo.

—Yo lo sé —exclamó triunfalmente David—. Porque cada vez que habláis deletreando, se trata de Santa Claus.

—¿Falta mucho para Navidad? —indagó David.

—Vamos, vamos —dijo Larry, reaccionando rápidamente y tomando la taza de café—. Lávate la cara, Chris. Date prisa.

Chris desapareció.

—¿No vas a comer cereales? —preguntó Eve.

—No quiero atiborrarme. Hoy tengo un almuerzo de trabajo.

—Nunca podrás engordar si no comes más.

—¿Quién quiere engordar? Me conformo con mis ochenta y cinco kilos.

—Sesenta y cinco —dijo ella, estudiándolo como si lo viese por primera vez—. Te harían falta unos cuantos más.

Larry echó hacia atrás la silla.

—¡Chris! ¡Vamos!

Chris salió disparado del cuarto de baño.

—¿Estoy bien, Ma? —preguntó.

—Muy guapo. Ponte un jersey.

Chris corrió a su habitación. Larry tomó en sus brazos a Eve.

—Sé buena. No le pongas ojos tiernos al hombre de la lavandería.

—Es muy guapo. Se parece a Gregory Peck.

—¿Te has limpiado los dientes?

—Sí.

—¿Me vas a dar un beso ahora?

—Desde luego.

Estaban besándose, cuando Chris volvió a entrar en la cocina. Al verlos abrazados, comenzó a cantar:

—Amor y matrimonio, amor y...

—Cállate, enano —dijo Larry. Se apartó de Eve—. Te llamaré más tarde. Salieron juntos de la casa. David y Eve se quedaron en el portal, observando.

—Cuando me haga mayor la semana que viene, ¿podré ir con ellos? —preguntó David.

—Primero tienes que dejar de hacerte pis en la cama —respondió Eve distraída.

Desde el coche, Chris gritó:

—¡Adiós, Ma!

Larry, después de haber agitado el brazo, sacó el coche de la entrada, mirando las líneas de su casa y odiando por enésima vez su estética. Pinecrest Manor, pensó. El hermoso Pinecrest Manor. Su reloj de pulsera marcaba las siete cincuenta. De nuevo agitó el brazo en el instante en que doblaban la esquina. La parada del autobús se encontraba cinco manzanas más allá, en la carretera principal que bordeaba el barrio residencial. Se detuvo en el cruce y abrió la puerta para que saliese Chris.

—Que te diviertas —dijo.

—Sí, sí —contestó Chris, y fue a reunirse con el grupo de niños y madres que estaban junto al bordillo de la acera.

Larry lo observó, enorgulleciéndose de él, olvidando por el momento que tenía que tomar un tren.

Y entonces vio a la mujer, su cuerpo recortado contra el cielo gris. Cabello rubio pálido, ojos castaños y cabeza erguida. Llevaba de la mano a un niño rubio, y Larry miró al chiquillo y después otra vez a ella. Una de las mujeres del grupo, una amiga de Eve, se dio cuenta de su presencia y lo saludó con la mano. Él le devolvió el saludo, vacilando antes de poner en marcha el coche. Miró su reloj. Las siete cincuenta y cinco. Tendría que correr como un condenado para llegar a tiempo a la estación. Dobló la esquina para tomar la carretera principal, girando la cabeza hacia atrás para mirar otra vez a la mujer rubia.

Ella no le devolvió la mirada.

El cliente se llamaba Roger Altar.

—Soy escritor —le dijo a Larry.

Éste se encontraba sentado frente a él en la mesa del restaurante. Había algo sincero en el hecho de reunirse con un hombre a compartir un almuerzo. Ninguno de los dos se había despojado aún de su armadura social. Estaban sentados el uno frente al otro, percibiendo el olor del café y del tocino frito. Larry se dijo que todos los negocios deberían tratarse durante las comidas, cuando estaban fuera de lugar las traiciones entre los hombres.

—Adelante, dígalo —añadió Altar.

—¿Qué quiere que diga?

—Que ha deseado ser siempre escritor.

—¿Por qué habría de decir eso?

—Es lo que dice todo el mundo.

Altar encogió sus macizos hombros. Una camarera pasó, y sus ojos la siguieron a través de la sala.

Larry hundió el tenedor en la yema del huevo, y observó cómo se extendía por el plato la sustancia amarilla.

—Siento tener que desilusionarle —manifestó—, pero jamás he acariciado ese pensamiento. En realidad, siempre he deseado ser exactamente lo que soy.

—¿Y qué es?

—El mejor arquitecto del mundo.

Altar rió entre dientes como si le repugnase el sentido del humor en otro hombre. Pero al mismo tiempo, la risa le alivió de algo que parecía preocuparle profundamente.

—Me encanta la modestia —dijo—. Creo que usted me gusta. Tomó con las dos manos la taza de café, tal como Larry se imaginaba que debían hacerlo los reyes medievales.

—¿Qué opina de mí?

—No le conozco aún.

—¿Y le va a llevar mucho tiempo averiguarlo? No le estoy pidiendo que se case conmigo.

—No podría aceptar tampoco —contestó Larry.

Esta vez Altar estalló en una verdadera carcajada. Era un hombretón con una enorme americana de lana que aumentaba su inmensidad. Tenía

espesas cejas morenas, y su nariz guardaba señales inconfundibles de haber estado rota alguna vez. Tenía un mentón hundido, un mentón de líneas perfectamente clásicas en un rostro curtido. No había nada falso en los ojos. Eran agudos, penetrantes, castaños, y parecían observar cada objeto que había en la sala a la par que permanecían milagrosamente fijos en las generosas nalgas de la camarera.

—¿Es usted realmente un buen escritor, o está alardeando?

—Intento serlo —contestó con sencillez Altar—. Alguien me ha asegurado que es usted un hombre decente. También, que es un buen arquitecto. Por eso es por lo que me he puesto en contacto con usted. Busco a alguien para que me diseñe una casa, a su gusto, sin preocuparse de mis estúpidas opiniones. Si pudiera trazar los planos yo mismo, lo haría. Pero no puedo.

—Suponga que mis ideas no concuerdan con las suyas.

—Nuestras ideas no tienen por qué coincidir. Sólo nuestro concepto general de las cosas. Por eso quería conocerle a usted.

—¿Y cree usted que una conversación en el transcurso de un almuerzo le va a decir cómo soy yo?

—Probablemente, no. ¿Le importa que le haga unas cuantas preguntas?

—Hizo chasquear impacientemente los dedos para atraer la atención de la camarera—. Quiero más café.

—Adelante. Pregunte.

—Antes de llamarle por teléfono no había oído hablar de mí, ¿verdad?

—¿Por qué tenía que haber oído hablar de usted?

—Bien —replicó en tono cansado Altar—, he conseguido un pequeño grado de fama.

La camarera se acercó a la mesa.

—¿Desea algo más, señor? —preguntó.

—Dos cafés —contestó Altar.

—¿Qué ha escrito usted? —preguntó Larry.

—Debe ser usted profundamente ignorante —respondió Altar, observando a la camarera alejarse de la mesa.

Larry se encogió de hombros.

—Si es usted tímido, no me lo diga.

—He escrito dos libros —repuso Altar—. El primero se titula *Star Reach*. Ha sido destacado en *Good Housekeeping* y seleccionado como libro del mes. Hemos vendido ciento cincuenta mil ejemplares en la edición cara y casi un millón en la barata. Ray Milland ha interpretado en el cine al protagonista. Tal vez vio usted la película el año pasado.

—No, lo siento. ¿Cuál es el segundo libro?

—*The Debacle* —contestó Altar—. Se publicó hace unos meses.

—Es un título peligroso —dijo Larry—. Me imagino a algún crítico comenzando su crónica: «Este libro tiene un título adecuado».

—Uno comenzó exactamente así —admitió Altar, sin sonreír.

—¿También ése ha sido destacado?

—En *Ladies' Home Journal* —respondió Altar—. Y *Literary Guild* y la Metro lo compraron cuando se encontraba aún en prensa. Están haciendo la película ahora.

—Ya veo que debe de ser usted un hombre famoso.

—Soy el rey Midas.

—Bien, en cualquier caso, yo no he leído ninguno de sus dos libros. Lo siento.

—No lo lamente. Tampoco puedo exigir que todo el mundo los conozca.

—¡Cristo! Es usted casi insufrible —exclamó Larry, riendo—. ¿Puede conseguirme un ejemplar de *The Debacle*? Sospecho que es el mejor de los dos.

—Si no lo fuera, dejaría de escribir mañana mismo.

—¿Me lo conseguirá?

—Vaya y compre uno —contestó Altar—. Tengo una tienda de comestibles, y no regalo latas de conserva. Lo venden por tres dólares noventa y cinco. Si anda usted mal de dinero, espere hasta junio. Para entonces lo habrán reeditado, y sólo le costará treinta y cinco centavos.

—Compraré uno ahora. No me quedará mucho dinero después, pero lo haré. ¿Cuánto desea usted gastarse en esa casa suya?

—Unos sesenta y cinco mil.

—No hay duda de que es usted el rey Midas.

—Hacer dinero no es muy difícil —manifestó Altar, poniéndose serio de pronto.

—¿Qué clase de casa quiere?

—Una en la que se pueda vivir.

—Yo no soy amante del estilo colonial, de ranchos o de cualesquiera otras formas falsas. Le diseñaré una casa contemporánea, y eso será todo.

—¿Qué otra cosa puede hacer un arquitecto contemporáneo?

—Si lo supiera, se sorprendería.

—Me conformaré con que me muestre fotografías de lo que ha hecho —dijo Altar—. Después de eso, todo quedará en sus manos. Yo no le diría jamás a un fontanero cómo debe colocar los tubos, y por mi parte no me gusta que la gente diga cómo debo escribir los libros. De manera que le dejo a usted absoluta libertad de elección.

—Puede ser que no le gusten las casas que le muestre. Han sido diseñadas para otras personas.

—¿Y qué importa eso? Cada libro que escribe un autor es una obra distinta, pero todas llevan la marca de un mismo hombre. Usted me agrada, pero a lo mejor su marca es horrorosa. Deseo verla primero.

—¿Cuántos años tiene usted, Altar?

—Treinta y dos. ¿Y usted?

—Treinta y uno.

—Magnífico. Me gusta la gente joven.

—Supongamos que usted reconoce que mis casas son buenas, Altar. Entonces, ¿qué?

—Vamos a tratarnos bastante. No me llame por mi apellido. Eso es para los críticos.

—¿Qué pasa? ¿No han sido amables con sus libros?

—Si he de decirle la verdad, no, no lo han sido.

Altar calló y sacudió la cabeza.

—Al diablo con los críticos. ¿Diseña mi casa?

—Quizá.

—¿Cuándo lo sabrá?

—Después de que haya leído su libro.

—¿Por qué?

Larry sonrió burlonamente.

—Deseo ver su estilo —dijo.

Esa misma noche Larry descubrió que en la prosa de Roger Altar había una claridad que parecía estar en contradicción con la presuntuosa apariencia física del hombre, contradicción que le produjo una cierta sorpresa. Por mucho que lo intentaba, le era imposible asociar el libro con Altar. Ese libro no parecía haber sido escrito por aquel hombre.

No podía comprender esa discordancia. Sabía con certeza que cada casa que él diseñaba revelaba por lo menos una parte de sí mismo; había esperado hallar en las páginas del libro un indicio que lo condujera a encontrarse con la identidad de Altar, pero se sentía tristemente desilusionado. El libro parecía ser un pasatiempo.

Altar escribía con un claro e irritado estilo de revista. Una sucesión de pulidas y finas palabras le ayudaban a crear un mundo en el que vivían unos personajes de carne y hueso. «Lo triste de ellos —pensó Larry— es que el autor no profundiza en sus problemas». La novela aparentaba ser una colección de cansadas verdades domésticas, y en el momento en que Larry alcanzó la página cincuenta de *The Debacle*, se preguntó seriamente si deseaba diseñar una casa para un hombre que carecía de integridad hasta tal extremo.

Cuando fue avanzando en la lectura del libro, sus sentimientos cambiaron.

Altar intentaba hablar, pero algo le impedía constantemente llegar al fondo. Quizá era miedo, o represión, o una insuperable disposición a abrirse completamente. La lucha era intensa, y se destacaba enteramente sobre los personajes que Altar había creado. Página tras página, el complicado desarrollo de la intriga perdía importancia al juntarse al torturado combate del propio Altar. No hubiera podido decir por qué éste hacía vibrar en su interior un hilo de simpatía. Sólo sabía que se sentía atraído hacia el hombre, que mentalmente gritaba: «¡Despréndete de eso! ¡Por amor de Dios, despréndete de eso!». El esfuerzo lo dejó exhausto. Y mucho más en razón de que el personaje acababa derrotado, de que triunfaban las medio verdades.

Cuando Larry cerró *The Debacle*, eran las cuatro de la mañana. Había comenzado a leerla después de cenar, y a lo largo de toda la noche no había sido consciente de la presencia de Eve en la casa. Ahora se dio cuenta

de que hacía ya mucho rato que se había ido a la cama. Probablemente le había dado un beso, pero no lograba recordar en qué momento había sido. Permanecía sentado en la cómoda silla, con un círculo de luz en torno suyo y la novela cerrada sobre el regazo. Estuvo sentado de esta forma durante diez minutos, y luego entró en el dormitorio para marcar un número.

—Diga.

—¿Altar?

—Sí.

—Soy Larry Cole.

—¡Cristo! ¿Se da cuenta de qué hora es? ¿Qué...?

—Hace un instante que he terminado de leer su libro.

—¡Oh!

Hubo un largo silencio.

—Deseo diseñar su casa.

Altar lanzó una curiosa carcajada de alivio.

—Gracias —dijo.